

ESENCIA, EVALUACIÓN Y ESTRATEGIA DE LA CIUDAD CATOLICA

por Carlos Alberto Sacheri

Como ustedes podrán ver, el tema que me toca desarrollar, es el tema de las tres e. La esencia de la obra, la evaluación de la misma y la estrategia a seguir, de acuerdo con lo que lógicamente vaya surgiendo de esta reunión. De acuerdo con ciertos signos y hechos contemporáneos que interesan tener en cuenta. Nuestra obra es una obra de laicos al servicio de Cristo Rey. Podríamos resumir el ideal de nuestra obra de servicio en la idea de Pío XII de la "consagración del mundo", como obra específica de laicos. Esa es nuestra misión, esa es toda nuestra función y uno de los modos -aunque no hay ningún modo exclusivo, como veremos- es esta obra de servicio, que es la Ciudad Católica.

Esta obra de laicos al servicio de Cristo Rey surge frente a la revolución anticristiana. No vamos a entrar en muchas consideraciones sobre esto, porque es tema absolutamente conocido por todos nosotros.

Esa obra anticristiana es una campaña universal. Se da en el mundo entero y destruye dos cosas fundamentales: en primer lugar, la unión religiosa, que es la base de la evolución cultural de todo Occidente; y en segundo lugar, corrompe el Orden Natural creado en un reemplazo institucional disolvente y una mentalidad totalmente desquiciada, que es causa (como lo han dicho los pontífices desde Pío IX en adelante, sobre todo, con particular énfasis), de todo el caos y la crisis contemporánea.

Interesa ver de algún modo, aunque sea en brochazos muy generales, cuál ha sido la obra de esta revolución anticristiana en el país y, especialmente, tratar de ver a través de algunos ejemplos, cómo ha habido desde el siglo pasado en adelante, por parte del laicado católico, cierta inoperancia, cierto desajuste frente a las circunstancias; esa ha de ser la gran lección de la historia. Porque la historia es maestra de la vida, como decía Cicerón. Nosotros, en nuestra obra Ciudad Católica, debemos comenzar por conocer esa historia.

En el país (si comenzamos con la Revolución de Mayo), al margen del proceso mismo, hay un hecho que la acompaña, un hecho revolucionario, antinacional y anticristiano, que es la ruptura de la tradición. Tradición política por un lado, pero también tradición cultural. El enfrentamiento con España por razones muy explicables en este caso, sin embargo se traduce en un divorcio, en una ruptura cultural entre los países latinoamericanos y la tradición europea a través de la obra española. Se infiltran ideologías extrañas, que ya estaban antes de todo este proceso y, a través del liberalismo que en todo momento lo va a acompañar, lo va a alentar y terminará por dirigirlo casi sin excepción. Ya había ideologías extrañas de tipo racionalista en las universidades durante el último período de la colonia; es decir, la colonia no tenía en nuestro caso demasiadas armas para hacer frente a esa invasión de los grupos liberales.

El caso del unitarismo es típico. El unitarismo se elabora a espaldas del país y crea un elemento absolutamente nefasto en todo orden social auténtico, que es la dialéctica Buenos Aires vs. interior. Entre otras muchas consecuencias, ésta

es una consecuencia fundamental, que dura en muchos casos hasta nuestros días. Si vamos a la obra política, la evolución política del país, el interior siempre ha estado, en ciertas zonas más, en otras, menos desquiciado, divorciado de la mentalidad de la capital. La política se hace en Buenos Aires. Buenos Aires creció como un monstruo y eso ha provocado un caso único en las naciones contemporáneas de desequilibrio total, tanto en lo económico, como en lo social, cultural y político, como es el caso nuestro entre Buenos Aires y las provincias. El federalismo proclamado por la Constitución del 53, debido a esa mentalidad unitaria y liberal, quedó relegado al papel de la Constitución y nunca se tradujo en un ordenamiento progresivo de nuestra nacionalidad, conforme al principio elemental de todo orden natural y cristiano. Esa obra, esa difusión del liberalismo ataca aún a los católicos, y doy dos ejemplos. Precisamente porque son dos ejemplos ilustres, muestran hasta dónde llegó la cosa. Fray Mamerto Esquiú, es, aún hoy día, proclamado y conocido como el orador de la Constitución, aunque de la retractación de Esquiú no habla casi nadie. Lo cierto es, que el propio Esquiú, que era un santísimo varón, un hombre formado como pocos, con gran sentido de su misión, sin embargo en un momento dado, sintió el influjo de la doctrina liberal.

El otro caso es el de José Manuel Estrada, hombre que ha realizado una obra grande para bien de la Iglesia y de la patria; sin embargo, toda una etapa de su vida estuvo influida por el liberalismo. No podía ser de otro modo, porque el clima que se respiraba era eso, era el clima de la época y esto lo entendemos tanto mejor cuando pensamos que precisamente recién, a fines del siglo XIX, sobre todo a partir de León XIII, el laicado y en general la Iglesia cuentan con un instrumento, que es la Doctrina Pontificia, que entonces se formula y se difunde en forma sistemática y pública.

Las generaciones anteriores tenían los principios, pero no el cuerpo doctrinal sistemático; eso es un llamado a nuestra humildad, porque si nosotros podemos hacer hoy algo más coherente, más eficaz y con menor peligro de error, es precisamente porque estamos, por obra de las circunstancias, en posesión de un cuerpo de doctrina absolutamente coherente que responde a todos los problemas de la realidad contemporánea y que se enuncia sistemáticamente con una frecuencia, con un amor, con un interés enormes. Si podemos hacer algo, es porque estamos mejor armados, lo cual también hace inexcusables los errores que vemos se cometen en ambientes católicos, tanto en la generación anterior a la nuestra, como en nuestros contemporáneos.

Una vez organizado en términos oficiales el país, vemos a Sarmiento, que, a través de su obra, hace que la escuela argentina en todos sus niveles, quede imbuida de la mentalidad laicista y estatizante. Esa mentalidad laica anticristiana, que en definitiva impregna toda la estructura cultural del país, produjo una consecuencia que aún hoy vivimos, a saber: la nueva élite que debía surgir de las instituciones educacionales argentinas para reemplazar a la vieja clase conservadora, no ha cumplido su función.

En años recientes, después de la Revolución Libertadora, accede al poder toda una generación formada por la famosa Reforma Universitaria y fracasa rotundamente, pero sigue constituyendo uno de los grandes peligros, uno de los grandes signos de nuestros tiempos que tenemos que analizar, porque condiciona de algún modo nuestra estrategia.

Cuando el radicalismo accede al poder a principios de este siglo, llega imbuido de doctrina liberal. Así se da por ejemplo, que va a favorecer desde el poder a la reforma universitaria, porque en el fondo reencarna a su manera el criterio napoleónico de la universidad única y estatal, que daba al poder político el control de la cultura nacional. Entonces favorece la penetración, no solo del liberalismo, sino del marxismo dentro de las instituciones culturales argentinas, y de ahí va a salir la promoción de dirigentes nacionales que hemos conocido recientemente.

Sin embargo, un movimiento, que en su base no tenía otra cosa que reivindicaciones legítimas -el acceso al poder, el reconocimiento al acceso a la vida pública de la clase media y de todos los vastísimos sectores de inmigrantes que habían llegado al país a fines del siglo XIX y principios del XX- se desvirtúa por la doctrina liberal de que está infiltrado. De aquí, que si ha habido falta de fórmulas, falta de solución a los problemas actuales, es precisamente porque se ha vivido enquistado en esa mentalidad de hace cuarenta o cincuenta años, por no decir más.

La reacción frente al yrigoyenismo en la revolución de 1930 constituye un fracaso más. Frente a ciertos excesos, frente a cierto desorden se da el hecho revolucionario; mucha gente valiosa se inserta en él, hay un despertar muy notable de la conciencia nacional, surgen nuevos órganos de expresión, hay un revisionismo histórico que cobra vigor hacia esos años, aunque es fruto también de los años anteriores.

A partir de los años 30-32 se produce -en forma larvada, porque Argentina vive todavía, como decía Leopoldo Lugones, cierta admiración (¿) de la grandeza-, la desarticulación de la representatividad política a través de los partidos políticos. Es decir, la máquina partidaria sigue funcionando porque el orden tanto nacional como el mismo orden internacional permiten que la cosa siga funcionando, pero lentamente se produce el divorcio cada vez mayor con la realidad nacional. Los dirigentes, concretamente los dirigentes políticos, carecen, tanto en un partido como en otro, de visión nacional, de visión de futuro y lo que les falta en definitiva, es doctrina sana. La reacción peronista, legítima como fue el yrigoyenismo en años anteriores, también se desvirtúa, cae en el estatismo, opone ciertos monopolios a otros monopolios y crea un elemento negativo, al margen de la obra positiva que haya podido hacer (desde el punto de vista de nuestra acción, que es lo que nos interesa) el desarrollo en el poder mismo de un espíritu dialéctico: 1) dialéctica social, la contraposición constante (tal vez más retórica que práctica) y dialéctica CGT oligarquía en términos generales y, 2) dialéctica cultural, sindicalismo vs. universidad. La Universidad era foco de reacción. Entonces, en vez de superar el problema, en vez de ver que la libertad de enseñanza era el gran principio a ser promovido, incluso por razones de eficacia

política, se mantiene el monopolio estatal, no se da acceso a ninguna otra posibilidad educativa y la dialéctica persiste.

Con todo, en la etapa del 55 vemos un resurgir, que llamaríamos neo-liberal, pero que en el fondo responde a la mentalidad del más crudo liberalismo, con un sistema, una maquinaria de opresión social, un desconocimiento de toda legitimidad sindical, es decir, un ahogamiento de toda iniciativa, de toda solución responsable por razones de ideología política. En todo esto se da la falta de laicos formados. El laicado nuestro, que se divide inmediatamente, juega su propia dialéctica y frente al enemigo, se debilita. Recuerden las famosas luchas Unión Federal-Democracia Cristiana: al margen de ideologías, es importante ver el hecho en sí, que ha configurado una gran debilidad.

No quiero llevar este análisis más adelante, porque nos perderíamos en una discusión que quiero evitar a todo precio. Interesa que retengamos estos ejemplos para nuestra meditación.

Las conclusiones que yo extraigo de esto son muy generales. Tenemos luego la etapa de Frondizi, en la cual la dialéctica social, política y cultural se establece en todos los niveles y de un modo bastante sistemático. Y esta generación del frondicismo es la generación radical-reformista, que accede al poder con un lenguaje nuevo, esgrimiendo viejas banderas peronistas y nacionalistas antes que peronistas; sin embargo, con ése lenguaje nuevo no hace sino quemar lemas absolutamente legítimos nacionales y siembra la dialéctica a todo nivel.

En síntesis, hay dos hechos que presenciamos hoy como durante todos estos años: por un lado, una esperanza nacional hacia un ordenamiento natural y cristiano, que es más fuerte que todos esos yerros, más fuerte que todas esas ideologías, más fuerte que todos esos odios partidarios, ideológicos, de sectores sociales y de intereses económicos. Hay una esperanza muy grande y hay un deseo innato en toda la opinión pública, la opinión pública no oficial por supuesto, no de prensa ni de los grandes medios, sino de la verdadera opinión pública, que espera contra toda esperanza que realmente se dé, por una buena vez en el país, ese ordenamiento natural y cristiano, que la patria exige desde 1810, por lo menos.

Frente a esa gran esperanza nacional, más fuerte que todos nuestros yerros, se da, sin embargo, una falta de laicos formados con doctrina y medios eficaces de acción. Esto es lo que quería simplemente mostrar a título general.

I - ESENCIA:

Frente a esta situación, ¿cuál es nuestra acción, cuáles son nuestros objetivos generales? El hecho concreto al cual asistimos siempre, incluso como una gran dificultad grave en nuestra acción, es la dialéctica teórico-práctica. ¿Cuál es la razón de ser de Ciudad Católica y de toda su metodología de acción? Es terminar con el período divorciado de la realidad y, por otra parte, con el práctico, con el realismo, es decir, el individuo que busca eficacia concreta, el inmediatismo. Ese

divorcio se ha dado y se dará dentro de nosotros y fuera de nosotros, pero en nuestra acción debemos proponer sistemáticamente superar el peligro. El único modo de superarlo es la formación de hombres prudentes, de jefes sociales en todos los niveles, jefes sociales en el sentido más amplio, cultural, político y económico. Formación de hombres prudentes, de responsables sociales que operen con una doctrina real, concreta, práctica y bien asimilada, dúctil en su formación, sin esquemas rígidos que ahuyenten a la gente sin necesidad. Con verdadera ductibilidad, con flexibilidad para operar ese paso de los principios universales a la situación concreta, a la circunstancia que cada uno (y no sólo el país) vive, en su puesto, con su profesión, con su responsabilidad social. Debemos operar ese paso del principio universal a la circunstancias, al paso concreto, porque ése es el modo de superar la teoricidad del teórico, que no tiene más que principios en la cabeza y que pasa su tiempo en discusiones doctrinarias hasta el infinito, sin poner un dedo sobre la realidad concreta suya, nacional, personal, para hacer algo.

Nosotros formamos responsables, dirigentes sociales; ésa es nuestra misión, nuestra acción en todos niveles y en todos los campos de acción, sin sacar a nadie de su tarea, ni de su vocación específica. Por eso nuestra obra es, insisto, un servicio, no un movimiento. Nosotros debemos ser servidores.

Como con todas las cosas, nuestra acción se aprende de un solo modo: andando.

En el equipo de Córdoba y Maipú todos los días descubrimos cosas nuevas. Siempre se reflexiona sobre casos nuevos, siempre hay una experiencia que llega, hay un planteo que exige una adecuación permanente a la situación concreta. A la luz de los principios y dentro de los mismos. No podemos separar formación doctrinal y acción concreta; ese es el gran drama del laico católico, y del hombre en general, porque esto se da entre los liberales, entre los marxistas, se da en todo el mundo.

¿Cuál es nuestra misión?

Hacer circular la verdad por todo el cuerpo social. La circulación de la verdad por todo el cuerpo social se hace por acción capilar, es decir, por cada persona, cada interesado, cada amigo de la Ciudad Católica. **El irradia** una vez que es un factor de formación y un factor de aplicación de los principios, individuo que tiene que llevar siempre a la gente al paso del principio a la realidad concreta, porque el principio abstracto es inoperante y el inmediatismo, es decir, la eficacia sin principios cae en esas anteojeiras de buscar un resultado determinado sin la visión de conjunto. Podríamos decir en términos paulinos, que debemos ser "todo en todos".

Ciudad Católica no se ve. Eso es algo que desespera a nuestros enemigos. Por eso periódicamente nos recuerdan como la "logia Verbo", como la acción de sindicalistas, como la acción de militares, etc., porque eso no se ve. Y no se ve, porque la vida misma no se ve, como no se ve la vida familiar (que no sale en los

diarios, porque es la acción misma de la normalidad). Pero llevada de un modo sistemático y con un espíritu de apertura y de profundidad mayor que el corriente, esa praxis cristiana, el ser todo en todos, el ser realmente animador, estimulador, convierte al hombre del Verbo en un factor de unidad.

El gran problema del marxismo en nuestro tiempo, como se vio en el período frondicista, es precisamente la dialectización, la oposición total y radical, la división entre blancos y negros, unitarios-federales, peronismo-antiperonismo, conservadorismo-radicalismo. Nuestra obra, en cambio, es una obra de restauración social y de unificación, también en el orden sobrenatural.

La debilidad que se da en la Iglesia de hoy, la crisis actual, se plantea a ese nivel. Debemos ser factores de unidad. La dialéctica, a través del falso concilio de la opinión pública, ha penetrado en el seno mismo de la Iglesia. Hemos leído los titulares durante cuatro o cinco años y seguimos leyéndolos ahora con la *Humanae Vitae*, *Populorum Progressio*, etcétera. Seguimos leyendo la dialéctica del conservadorismo, la Iglesia triunfalista, los reaccionarios frente al liberalismo católico, etc. La unidad debe ser nuestra preocupación. Esa reflexión del Concilio en el tema de San Juan -que todos sean uno- es tarea en nuestro plano de laicos católicos, es tarea de Ciudad Católica. Nosotros debemos ser factores de unidad, no factores de divorcio; es el único modo de ser positivos, porque eso da fuerzas. Afán de unidad, de unidad sana en la doctrina y en la verdad, no unidad falsa del conformismo liberal, sino unidad de firmeza, la unidad de la fuerza de la verdad, que convence a todos, convence a católicos y convence a protestantes. Y que está convenciendo más a los ortodoxos que a nosotros católicos hoy en día, para escándalo de todos nosotros. El patriarca Athenágoras es mucho más católico en este momento que muchos laicos, clérigos y hasta obispos.

Nuestra obra, por último, es una obra de concertación. Como hemos dicho, se funda en la idea de la complementariedad de las obras.

Porque debemos ser factores de unidad, porque debemos ser anti-dialécticos por definición, creemos que toda obra en su nivel, con sus posibilidades, con su gente, con sus medios, puede realizar una acción legítima y nosotros estamos al servicio de todos los demás. Es actitud de humildad cristiana, sana, realista y profundamente sobrenatural. No podemos divorciar ese doble plano de nuestra vida personal. El fracaso de tanta obra católica se debe a que se ha planteado dentro del catolicismo como la obra por excelencia. Nosotros no somos la obra, no somos el movimiento; somos una actividad de servicio, somos un servicio y por otra parte, es el único modo de vencer todas esas resistencias naturales en este santo país de serruchadores de piso. Si yo me ofrezco al servicio de los demás hay simpatía inmediata, hay contacto, hay comunicación, no hay aspereza, no hay recelo. Ciudad Católica ha vivido y sigue viviendo víctima del recelo.

Este sentido de la complementariedad de las obras exige romper con toda idea de monolitismo. Nosotros no somos un movimiento, no somos la obra, somos

una acción legítima, traumas de llenar, que a nuestro saber y entender, ha quedado en cubrir durante mucho tiempo y queremos llenarlo con toda humildad y con toda eficacia al mismo tiempo.

Si somos servidores, no venimos a ser servidos. Éste, no digo que es el primer mandamiento, pero sí uno de los primeros mandamientos de nuestra obra. Somos servidores y servimos un poco sin mirar a quién, con realismo cristiano, las dos cosas: realismo y cristiano. Pero servimos a quien está haciendo algo bien, legítimo. No tenemos problemas de banderas, ni de espíritu de sector, dentro de nuestras flaquezas personales. Tal es el sentido de Ciudad Católica.

Si Ciudad Católica tiene algo que dar a la patria y a nosotros mismos, a nuestras familias y al mundo entero, es un ejemplo de esa convicción de que sin doctrina no hay acción eficaz, de que sin doctrina práctica realizable, no se da el orden social cristiano, que anhelamos para nosotros y nuestra acción.

Todos tendemos en nuestra actividad personal a creer, que lo nuestro es lo más importante de todo. Esa es una obra de amor propio, no es una obra de santidad, es una tentación muy humana, lo sabemos bien, pero es barrioteo de lo humano. Nosotros tenemos que tender por una ascesis personal a superar ese espíritu de clan. Es el único modo de estar permanentemente abierto en una actitud de caridad al servicio de los demás.

Entonces, esto en cuanto a los objetivos de la obra. Esto es lo que hace en sus grandes líneas, me parece, a la esencia de nuestra acción.

II - EVOLUCIÓN

A partir de una experiencia europea, que es universal, porque responde al espíritu nuestro y por su origen histórico y por la universalidad misma de la doctrina que pretende plasmar, es precisamente una acción universal válida para todo tiempo y país.

Esta fundación, como toda obra importante, comenzó por lo pequeño. Comenzó con una tarea de animación de grupos de amigos; la gente fue llegando y fue creciendo la obra. Llegó el momento, hacia el año 61-62, en que Ciudad Católica tenía una célula de estudio por semana promedio de progreso. Es un avance del cual pocas obras podrían jactarse, sobre todo, pensando en la escasez de recursos que se tenía y que se tiene aún hoy. Un trabajo que es, de hecho, difícil de comprender. Que no siempre se capta fácilmente, se capta sólo cuando se hace, porque no se puede esperar a comprender leyendo un librito y esperando sentado. Eso es lo que cuesta; sin embargo, y a pesar de todo, la obra se difunde y entonces, como en toda obra sana, surgen las dificultades. El diablo mete la cola y llegamos a unos ciclos (como en la economía argentina) de euforia y de depresión constantes. En un momento se fundan células por doquier; al año siguiente esas células comienzan a dejar de existir por razones misteriosas. La gran dificultad en nuestra obra es la inconstancia.

De esa célula semanal promedio, ¿cuánta gente queda hoy? De todos los que ustedes, no digo yo, hemos conocido dentro de Ciudad Católica, ¿cuántos son los que estaban y que aún están? Han pasado miles de personas, sin exageración ninguna, miles de personas con intereses concretos, con ganas superficiales o profundas de hacer algo. En parte han pasado y se han ido, muchas han quedado, y con esa gente debemos contar nosotros, pero subsiste esa tendencia a la inconstancia que signará siempre nuestra obra. Y contra eso vamos a tener que luchar nosotros, primero con nosotros mismos, pero también en nuestra acción diaria.

Las posibilidades de acción son infinitas y los recursos son demasiado pobres. Eso exige imaginación sobre todo. Y después la gran incompreensión de la gente; eso es algo que se aprende andando, que no se aprende en un libro. En un libro se aprenden ciertos principios generales, pero el modo de realizar la acción es muy sutil, por la espontaneidad misma de la acción: un amigo que encuentra un amigo, dos o cuatro amigos que se reúnen a discutir un tema de interés común, un individuo que llama a alguien que está en una posición social, alguien que tiene una responsabilidad específica, que sugiere algo, que ofrece ayuda, colaboración material de libros para armar una conferencia, una charla, etc., todo eso es inasible.

Esta es una dificultad de nuestra acción y tenemos que terminar por entenderlo.

A partir del año 65, podemos decir que se va dando progresivamente una nueva etapa. Esa nueva etapa, esa razón del cambio, es un problema de ajuste de métodos. Nosotros hemos ido elaborando toda esa experiencia de nueve años y hemos llegado a la constitución, por una vez, de lo que fue siempre el profundo anhelo de los iniciadores: la constitución de un pequeño equipo motor, un equipo de animadores, un equipo de permanentes, que, con todas sus limitaciones, trabajan en forma constante, en forma más perseverante al servicio de los demás. Tal es la razón de ser de nuestro local de Córdoba y Maipú, de nuestra correspondencia, de nuestros contactos, de nuestros viajes, etcétera.

Y se ha dado algo muy importante en esa nueva etapa, que ya estaba lanzada por supuesto en años anteriores, pero es una animación, yo diría, a tres niveles. Animación a nivel municipal: tenemos ejemplos y vamos a recoger experiencias muy concretas de gente nuestra que está aquí presente, incluso que está trabajando desde hace tiempo en esta tarea y que está viendo por vez primera cómo todo eso da frutos.

Una acción también a nivel provincial. Los contactos que estamos teniendo con la gente del interior se manifiestan en esta representación calificada y numerosa, lo cual para nosotros es el mayor premio; la mayor consolación para nosotros es tenerlos aquí en este número, con los viajes y los sacrificios que eso significa, aquí con nosotros hoy, en estas reuniones que son ásperas, que no prometen nada, sino sólo dan preocupaciones y nuevas responsabilidades. Y en tercer lugar, acción de animación a nivel de América Latina. Tenemos aquí a representantes de Uruguay y de Venezuela, representantes espontáneos, como

debe ser toda la obra de Ciudad Católica, gente que ha venido por convicción. Dos amigos nuestros han estado en el Congreso Eucarístico de Colombia y han recogido una experiencia magnífica. La receptividad que ha habido allí es incluso, tal vez por los contactos que se han hecho, casi mayor que entre nosotros. Es un anhelo no sólo argentino, sino latinoamericano, porque el problema es universal. El orden natural es natural en todos lados, todo el mundo está anhelando eso y en pocos lados se da. Por lo tanto, hay una expectativa universal y nosotros, en nuestra humilde medida, debemos tratar de hacer algo. Por último, pasamos a la estrategia.

III - ESTRATEGIA

Les doy las grandes líneas, porque quiero que esto se discuta con la mayor amplitud posible.

Creo que podríamos enumerar cuatro signos, no porque sean los principales, sino porque son elementos que condicionan nuestra acción. En primer lugar, el avance comunista en el mundo entero. No hay más que leer el diario de la mañana, el comunismo lo penetra todo, lo penetra bajo forma de acción partidaria, como acción ideológica, pero lo penetra. Ese avance comunista se da con la debacle liberal.

El liberalismo está en crisis en todos lados, aun en los países que nos exportaban liberalismo; hace agua por todos lados. Sin embargo, esa crisis del liberalismo **no** se traduce en un fortalecimiento, en un refuerzo de la penetración marxista. Es decir, aun en su debilidad, en vez de poner cierto freno, por lo menos resistencia menguante, es un estímulo creciente. El liberal, desesperado, se vuelve marxista, difunde, contribuye al marxismo, por lo menos no hace nada, al contrario, acepta todo, precisamente porque es liberal.

Peligros concretos son, en nuestro país actualmente, el desarrollismo, de inspiración bien conocida, como slogan fácil que permite embaucar a tanta gente, y el espíritu tecnocrático.

Ahora el país ha descubierto al ejecutivo, el estudio de costos. En sí es sana esa preocupación por la eficacia y nos viene bien como contrapeso de nuestra desorganización tradicional. Pero hay allí un peligro muy grande. Esa tecnocracia es el espíritu de una dominación técnica contra el orden natural y contra una visión sobrenatural y cristiana de las cosas. Un pancismo, pero más eficaz. Es una visión del hombre a nivel de sus intereses, que es una visión humana al fin, porque ese fin lo tenemos todos, pero no es todo, ni lo mejor del hombre.

Frente a él tenemos la tendencia y, sobre todo, la gran tentación por parte nuestra y, sobre todo, por parte de nuestros amigos, del francotirador. ¡Cuánta gente hemos conocido y seguiremos conociendo, que se encuentra sola frente a la acción unificada del enemigo! Nosotros estamos todavía cazando la perdiz al vuelo y no somos malos cazadores, pero uno solo hace poco. Como no tenemos contactos con los demás, como nunca nos vemos las caras, nos desanimamos

en seguida, pensamos que nadie nos oye, que aquí no pasa nada. Es imposible luchar contra corriente, padecer ese "cansancio de los buenos" de que nos hablaba Pío XII.

Tenemos por último la perspectiva latinoamericana, que debemos tener en cuenta, porque nos condiciona y nos condicionamos mutuamente por un proceso de interacción, que todos conocemos.

Tanto el desarrollismo como el espíritu tecnocrático llevan una mística del cambio por el cambio mismo y eso es un gran peligro actual, es un peligro de América Latina y de la Argentina. Thibon decía, que no se destruye sino aquello que se reemplaza. Tal debe ser nuestra situación; nosotros debemos cambiar, debemos llevar el cambio a la gente, pero llevando un cambio que reemplace al liberalismo, que reemplace la dialéctica de clase del marxismo, por un orden cristiano y natural.

Conclusión final antes de abrir el debate: Tomemos en serio la obra. Esta reunión podemos sintetizarla en esa frase muy vulgar: "Tomemos la cosa en serio". Porque vale la pena. En el fondo creo, que el gran paso que nos espera desde hoy en adelante es un problema de mística. Hoy se nos habló de la mística de la Cruz. Nosotros debemos tener la mística de Ciudad Católica, que se expresa en aquella reflexión, en aquel llamado de Pío XII en el año 1952, "hacia un mundo mejor". Hay todo un mundo por rehacer, hay todo un mundo por humanizar, hay un mundo enloquecido y ese mundo debemos darlo a Cristo. Ahora debemos vivir realmente con esa preocupación, sabiendo que no somos uno solo en provincia o capital; hay muchos otros y esto responde, por encima de nuestras fuerzas personales, a una aspiración universal. Así que tomemos la cosa en serio.

¿QUÉ ES LA CIUDAD CATÓLICA?

Concepto

La Ciudad Católica es una agrupación de personas, que se proponen el estudio de la doctrina social de la Iglesia, con vistas a su realización práctica.

La tarea que se ha impuesto es únicamente formativa. Lo que no excluye la acción política de sus miembros, que, como es lógico, aspirarán a la aplicación de la verdad adquirida. Pero su actuación en este campo es exclusivamente personal.

La Ciudad Católica se limita a estudiar y difundir la doctrina de la Iglesia tal como ha sido enunciada por los Soberanos Pontífices y la Jerarquía Eclesiástica.

Incluso en los colegios religiosos no se suele dar esta enseñanza sobre problemas con los que debemos enfrentarnos diariamente. En general, se limitan a inculcar en los alumnos ciertas prácticas piadosas, que parte de los educados

en ellos abandonan poco después de salir, faltos de asideros más firmes, deslumbrados por falsas teorías expuestas por apóstoles del error.

Se ignora que el error -corrupción de las inteligencias- más que los vicios -corrupción de las costumbres- causa la ruina de los pueblos, porque se podrá salir del mal camino, cuando se conoce la verdadera vía, pero no se podrá llegar a ningún destino, cuando hasta la ruta se desconoce.

Asombra con frecuencia observar el mejor conocimiento por sinceros católicos de doctrinas falsas, que de la verdadera. Estudian las teorías de Marx o el kantismo, las doctrinas de Freud o el psicoanálisis, porque lo necesitan para su formación profesional de juristas, médicos o pedagogos; y no se les ocurre estudiar la doctrina católica, expuesta por los Papas, en donde encontrarían solución para sus problemas familiares, laborales, cívicos...

Aquí es, si cabe, mayor la osadía de los ignorantes. Tienen personales ideas sobre el Gobierno y los regímenes políticos, conspiran y si pudieran, implantarían uno a su capricho, y aún se contentarían con derribar el existente en cualquier lugar.

A éstos habría que preguntarles: ¿y después? ¿Con qué base, cómo construiríais el nuevo Estado? ¿Qué ideas tenéis sobre el mismo? ¿Pondríais la decisión en la masa? ¿Os mantendríais por la fuerza? Ni una ni otra son buena solución. Un disparate repetido por un millón no deja de ser un disparate. Y con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa... menos sentarse en ellas.

El silencio sería otras veces la respuesta a los anteriores interrogantes.

A más de un impaciente habría que repetirle la frase de un célebre general: "Es urgente... esperar". Pero hay que esperar trabajando. Sin prisa, pero sin pausa.

Formar, formar, éste es el problema; ésta es quizá la fundamental obligación de los católicos en los tiempos presentes.

Conocer la verdad, estudiarla..., difundirla, como pedía el Papa felizmente reinante en su primera Encíclica.

Y éste es el objetivo de la Ciudad Católica.

Formar sólidamente en la doctrina social católica al mayor número posible, mediante el estudio de la misma por pequeños grupos que se reúnen con regularidad, en cualquier sitio que les sea fácil, para asimilarla mediante discusión amistosa que aclare los puntos que resulten oscuros o dudosos.

Los grupos de estudio se denominan células y el número total de sus componentes es de cinco a diez.

Basadas en el trato normal de las personas y, siendo el procedimiento de trabajo la conversación amistosa, es lógico que se procure la afinidad de sus componentes. El nivel cultural, el medio profesional y hasta la simpatía de los miembros de una célula, son circunstancias que se deberán tener en cuenta para evitar su fracaso.

"Las células católicas que deben ser creadas entre los obreros, en cada fábrica y en cada ambiente de trabajo, para volver a traer a la Iglesia a quienes se han apartado de ella, no pueden ser constituidas más que por los mismos obreros ... La célula católica debe actuar en los talleres, pero también en los trenes, autobuses, familias, barrios: por todas partes obrará, dará el tono, ejercerá una influencia beneficiosa, esparcirá una vida nueva," Pío XII, Discurso al segundo Congreso mundial del Apostolado seglar, el 6 de octubre de 1957.

Tener fe...

Y ante todo, que se sepa bien: nuestro trabajo no es fácil. Aun admitiendo que se empiece con cierto entusiasmo, las dificultades de todo orden, los fracasos, la lentitud aparente de los progresos, se encargarán de desinflar lamentablemente a los tibios, veleidosos e irresolutos.

En pocas palabras: es preciso tener fe. Y una fe sólida.

El argumento que consiste en decir, "este trabajo responde a mi temperamento", carece de valor. No está en el temperamento de nadie el trabajar en la aridez de resultados aparentemente irrisorios. No está en el temperamento de nadie el trabajar meses y años expuesto a la hostilidad solapada o brutal de un mundo ganado a los ideales de la Revolución.

Los arranques puramente sentimentales se detienen rápidamente ante semejante tarea. Los esplendores de la doctrina apenas tienen atractivo para los meramente emotivos. El ejemplo de nuestros contemporáneos lo prueba abundantemente... Que la llama de nuestros corazones, pues, no deje nunca de alimentarse con las luces del espíritu... "Mi amor, eso es mi voluntad", dice un eminente religioso.

No se trata de hacer lo que responde a nuestro temperamento, sino lo que debe hacerse.

... y no "ciego sentido religioso"

Y cuando decimos Fe, huelga decir que tomamos la palabra en su pleno sentido católico. No se trata, por tanto, de ese ciego sentido religioso de que habla el Juramento antimodernista: "Ciego sentido religioso surgido de las tenebrosas profundidades del subconsciente, moralmente atormentado bajo la opresión del corazón y el impulso de la voluntad."

No, la fe de que hablamos es ese "verdadero asentimiento de inteligencia a la verdad adquirida extrínsecamente por lo enseñanza recibida ex auditu; asentimiento por el cual creemos (en razón a la autoridad de Dios, cuya veracidad es absoluta), todo lo que ha sido dicho, atestiguado y revelado por un Dios personal, nuestro Creador y Maestro."

Por tanto, la primera consecuencia de este asentimiento debe ser una adhesión tan total como alegre a la enseñanza de la Iglesia...

"Ninguna línea particular con el cielo"

Sobre todo, no olvidar jamás la absoluta primacía de una vida espiritual intensa y equilibrada. Equilibrada, es decir, tan apartada de un activismo que reseque el alma, como de esos falsos misticismos con que se enervan tantas almas buenas.

Sobre todo desconfiar de esa afición hacia lo extraordinario en lo sobrenatural: visiones, revelaciones, videntes, profecías... No intentemos tener nuestra línea particular con el Cielo, como si quisiéramos salirnos de lo normal en la Iglesia. Eso no es lo mejor, aunque mucha gente piense lo contrario. Lo mejor es buscar el vivir con fe pura. "El justo vive de la Fe", dice San Pablo. Tendamos a esta perfección, que es la perfección en este mundo.

"Querer no ver nada, no sentir nada", decía Santa Teresa del Niño Jesús. Esa es la suma perfección.

Meditemos también las palabras de San Luís María de Montfort (Secret de Marie, párrafo 51): "Procura no deleitarte y disfrutar en lo que dices o haces. Habla y actúa con la fe pura que tuvo María en la tierra y que Ella te comunicará en su momento..."; y más adelante, en una oración a María: "No pido ni visiones, ni revelaciones, ni complacencias ni goces, aunque sean espirituales... No quiero otra cosa (aquí en el mundo) que lo que Vos tuvisteis: creer con sencillez, sin gustar ni ver nada, sufrir alegremente sin consuelo de las criaturas, morir a mí mismo continuamente, sin descanso, y trabajar ardentemente hasta la muerte por Vos, sin ningún interés, como el más vil de Vuestros esclavos". Ése es el gran secreto, el más grande secreto de la santidad; mucho mejor que esas carreras intempestivas en busca de lo extraordinario y la profecía, en que tan fácilmente entran la búsqueda de sí mismo, laboriosidad, la vana complacencia y un secreto orgullo.

Ejercicios espirituales

Venceremos únicamente si... "somos los más fuertes". Fuertes de la sola fuerza, la de Aquel que venció a la Muerte y al Mundo.

Aquel que dijo: "Sin Mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). Y esto nos lleva a hablar de la necesidad de fortificar siempre nuestra vida sobrenatural.

"Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado de las obras, es necesaria la gracia de Dios, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Recibamos a Jesucristo en nosotros, para poder devolvérselo a las familias y a las sociedades. Cuantos participan en el apostolado están obligados a ser verdaderamente piadosos." (San Pío X, Encíclica a los Obispos de Italia, 11-VI-1905).

Prácticamente, esto se traduce en la necesidad de los retiros cerrados practicados periódicamente, y muy en especial los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. De ellos nos dice S.S. Pío XII: "que desde Paulo III, los Sumos Pontífices y además muchos santos en la Iglesia, nunca dejaron de ensalzar con grandes loores... Grande es, por cierto, la fuerza que en ellos se contiene, como experimentó el mismo Ignacio. Y lo testificó escribiendo, que eran todo lo mejor que en esta vida puedo yo pensar, sentir y entender, ya para que el hombre se aproveche a sí mismo, ya para que fructifique y haga aprovechar a otros muchos." (Carta a la Compañía en el IV Centenario de San Ignacio, 31-VII-55)

Y veamos qué dice de ellos **S.S. Pío XI:**

"Este precioso instrumento de renovación individual y social que constituyen... los Ejercicios Espirituales de San Ignacio" (Quadragesimo Anno). "El más perfecto de los códigos, que debe ser usado por todo soldado de Cristo" (Meditantibus Novis)... "El código más sabio y completo de las leyes de salvación y perfección de las almas..., aguijón irresistible" (Mens Nostra).